

ANARQUISMO Y COMUNISMO CIENTÍFICO*

Confrontación ideológica entre un teórico marxista y un anarquista

INTRODUCCIÓN

¿Cuál era la finalidad que Nicolai Bujarin -"el más fuerte teórico del partido", como lo Definió Lenin- se proponía escribiendo el breve pero denso texto sobre “anarquía y comunismo científico”?

En la Rusia de los años veinte la situación social era como escribía Bujarin- de ruina económica y de decadencia de la producción y de la sana psicología proletaria; todo esto "tiende a degradar al proletariado a las condiciones de plebe harapienta y crea un terreno más o menos favorable a (ascendencias anarquistas)".

Bujarin al decir esto quiere poner un límite ideológico a estas "tendencias" y lo hace trazando “la línea que separa al comunismo científico, marxista, de las doctrinas anarquistas”. Por lo tanto, este era un escrito de divulgación y de propaganda destinado a las masas (el opúsculo de Bujarin tuvo una enorme difusión no sólo en Rusia sino también en varios países europeos). Eso es lo que caracteriza a estas páginas y las hace particularmente interesantes. Además, son una pequeña pero eficaz síntesis del pensamiento marxista sobre los temas -fundamentales- de la función del estado proletario, de la dictadura del proletariado y de la organización de la producción. La interpretación, más bien la "representación", que Bujarin ofrece de las "doctrinas anarquistas", responde a los fines que el teórico marxista se propone: la anarquía es, no sólo delineada, sino también explícitamente definida como "el producto de la disolución de la sociedad capitalista", más bien la hez producida por el bárbaro régimen del capital.

De aquí la respuesta de Luigi Fabbri. Su escrito es firme y claro, basado sobre la realidad y no concede en lo más mínimo a la retórica ya la propaganda política. Muestra un perfil de las "doctrinas anarquistas" completamente distinto al delineado, por el marxista ruso.

Los dos textos -que aquí se publican juntos y por primera, vez en castellano, a más de medio siglo de su primera edición- constituyen por tanto un vivo debate ideológico, un estimulante “discurso a dos voces”, cuya utilidad es innegable a los fines de la comprensión de las divergencias básicas, aún insuperadas, entre los socialistas autoritarios y los comunistas libertarios.

Los textos que cierran el libro pertenecen a Rudolf Rocker, conocido en el mundo entero como uno de los estudiosos más profundos y expositor fecundo y sin igual del ideario anarquista, quien en un breve recorrido histórico nos define con mano maestra las ideas libertarias, el qué y el por qué de sus profundas discrepancias con el comunismo autoritario. Las ideas vertidas en estas pocas páginas nos hablan con claridad sobre estos problemas convirtiéndose así en un complemento ideal de las ideas de Luigi Fabbri, y en un escrito obligado para aquellos que gustan de profundizar en la búsqueda de la verdad y el cambio social.

ANARQUISMO Y COMUNISMO CIENTÍFICO

Nicolai Bujarin

* Títulos originales: Anarquía y Comunismo Científico (Rusia 1922) de Nicolai Bujarin, Anarquía y Comunismo “Científico” (Rusia 1922) de Luigi Fabbri (Italia 1922). Traducción Alicia Haydée. Digitalización: KCL.

A la ruina económica, a la decadencia de la producción, le acompaña innegablemente la decadencia de la buena psicología proletaria; y todo esto -tendiendo a degradar al proletario a las condiciones de plebe andrajosa y transformando singulares elementos obreros ya activamente productivos en individuos desclasados- crea un terreno más o menos favorable a las tendencias anarquistas. A todo esto habría que agregar que los socialdemócratas han nublado y confundido el problema de la anarquía, adulterando a Marx. En consecuencia, creemos necesario trazar la línea que separa al comunismo científico, marxista, de las doctrinas anarquistas.

CAPÍTULO I

Comencemos por el “objetivo final” nuestro y por el de los anarquistas. Según el modo corriente de exponer este problema, comunismo y socialismo presuponen la conservación del Estado, mientras que la “anarquía” elimina el Estado. “Partidarios” del Estado y “adversarios” del Estado: así se indica habitualmente el “contraste” entre marxistas y anarquistas.

Es necesario reconocer que no sólo los anarquistas, sino también los socialdemócratas en gran parte, son responsables de una semejante definición del “contraste”. Las charlas sobre el “Estado del porvenir” y el “Estado del pueblo” han tenido mucha difusión en el mundo de las ideas y en la fraseología de la democracia. Algunos partidos socialdemócratas se esfuerzan, más bien, en acentuar siempre en modo especial su carácter “estatal”. “Nosotros somos los verdaderos representantes de la idea del Estado”, era la frase de la socialdemocracia austriaca. Semejantes concepciones no eran difundidas solamente por el Partido austriaco: ellas tenían en cierto modo curso internacional y lo tienen todavía hoy, en la medida en que los viejos partidos no han sido aún definitivamente liquidados. Y sin embargo esta “sabiduría de Estado” no tiene nada en común con la doctrina comunista-revolucionaria de Marx.

El comunismo científico ve en el Estado la organización de la clase dominante, un instrumento de opresión y de violencia, y es por este criterio que no reconoce un “Estado del porvenir”. En el futuro no habrá clases, no habrá ninguna opresión de clase, y por tanto ningún instrumento de esta opresión, ninguna violencia estatal. El “Estado sin clases” -concepto en torno al cual pierden la cabeza los socialdemócratas- es una contradicción en términos, un sin sentido, un término usado abusivamente, y si esta concepción forma el alimento espiritual de la socialdemocracia, los grandes revolucionarios Marx y Engels no tienen en verdad ninguna culpa.

La sociedad comunista es por lo tanto una sociedad **sin Estado**. Si es así -y es así sin duda- ¿en qué consiste en realidad la distinción entre anarquistas y comunistas marxistas? ¿Desaparece por tanto la distinción, al menos cuando se examina el problema de la sociedad futura y del “fin último”?

No, la distinción existe, pero ella se encuentra en la otra dirección y se la puede definir como distinción entre la producción centralizada en grandes haciendas y la pequeña producción descentralizada. Nosotros los comunistas, creemos que la sociedad futura no sólo se debe liberar de la explotación del hombre, sino que debería conseguir la mayor independencia posible del hombre respecto a la naturaleza exterior, que redujera al mínimo “el tiempo de trabajo socialmente necesario”, desarrollando al máximo las fuerzas productivas sociales y la misma productividad del trabajo social. Por ello nuestro ideal es la producción centralizada y metódicamente organizada en grandes haciendas, y, el último análisis, la organización de la economía mundial entera. Los anarquistas en cambio dan la preferencia a un tipo de relación de producción completamente distinto; su ideal está constituido por pequeñas comunas, las cuales por su estructura no pueden gestionar ninguna gran hacienda, pero estrechan entre ellas “acuerdos” y se unen mediante una red de libres contrataciones. Está claro que tal sistema de producción desde el punto de vista económico es más similar al de las comunas medievales que no al modo de producción que está destinado a sustituir al capitalista. Pero este sistema no es solamente retrógrado; es también utópico en grado sumo. La sociedad futura no se genera de la nada, ni la traerá un ángel hecha del cielo. Ella surge del seno de la vieja sociedad, de las relaciones creadas por el gigantesco aparato del capital financiero.

Cualquier nuevo ordenamiento es posible y útil, sólo si se da un ulterior desarrollo a las fuerzas productivas del ordenamiento que está por desaparecer. Un desarrollo ulterior de las fuerzas productivas es naturalmente pensable sólo como continuación de la tendencia a la centralización del proceso productivo, como una intensificada organizatividad de la “administración de las cosas”, la cual tome el puesto del desaparecido “ordenamiento de los hombres”.

Ahora bien -responderán los anarquistas- la esencia del Estado consiste justamente en la centralización, y ya que nosotros conserváis la centralización de la producción, debéis conservar también el aparato estatal, el poder de la violencia, en definitiva las “relaciones autoritarias”.

Esta respuesta es inexacta, porque presupone una concepción del Estado no científica, sino totalmente infantil. El Estado, precisamente como el capital, no es un objeto, sino una relación entre hombres, más exactamente, una relación entre las clases sociales. Es la relación de clase que hay entre quien domina y quien es dominado. La esencia del Estado consiste precisamente en esta relación. Si esta relación cesa, el Estado deja de existir. Reconocer en la centralización un rasgo característico del Estado es cometer el mismo error de aquellos que consideran los medios de producción como capital. Los medios de producción se transforman en capital solamente cuando constituyen un monopolio en manos de una clase y sirven para la explotación de otra clase sobre la base del trabajo asalariado, es decir, cuando estos medios de producción expresan la relación social de la opresión y de la explotación económica de clase. Por si mismos, los medios de producción son cosas admirables, son los instrumentos de lucha del hombre contra la naturaleza. Se comprende entonces que en la sociedad futura éstos no sólo desaparecerán, sino que por primera vez ocuparán el lugar que les corresponde.

Sin embargo, ha habido un período de tiempo en el movimiento obrero en el cual los trabajadores no tenían todavía clara la diferencia entre la máquina como medio de producción y la máquina como capital, esto es, como medio de opresión.

Y, no obstante, en aquel tiempo los obreros no tendían a eliminar la propiedad privada de las máquinas, sino a destruir las máquinas mismas, para retornar a los primitivos instrumentos de trabajo manuales.

Análoga a ésta es la posición de los anarquistas “que tienen una conciencia de clase” asumen con respecto a la centralización de la producción. Como ven que la centralización capitalista es un medio de opresión, en su simplicidad protestan contra toda centralización productiva en general: su infantil ingenuidad confunde la esencia de una cosa con su forma externa social e histórica.

Entonces, la distinción entre, nosotros los comunistas y los anarquistas en lo referente a la sociedad burguesa, no está en que nosotros estemos por el Estado y ellos contra el Estado, sino más bien en que nosotros estamos por la producción centralizada en grandes haciendas aptas para desarrollar al máximo las fuerzas productivas, mientras que los anarquistas están por una pequeña producción descentralizada, que no puede aumentar sino sólo disminuir el nivel de estas fuerzas productivas.

CAPÍTULO II

La segunda cuestión esencial que separa a los comunistas de los anarquistas es la actitud frente a la dictadura del proletariado. Entre el capitalismo y la “sociedad futura” hay un período entero de lucha de clases, el período en el cual serán desarraigados los últimos restos de la sociedad burguesa y se rechazarán los ataques de clase provocados por la burguesía -que ya ha caído, pero que todavía se resiste-. La experiencia de la Revolución de Octubre¹ ha demostrado que la burguesía, inclusive después de ser puesta “con la espalda contra el suelo”, usa todavía de los medios que le quedan para luchar contra los obreros; y que en último término se apoya en la

1 Según el calendario ruso, que atrasa 13 días; de noviembre para nosotros. Nota de la redacción italiana.

reacción internacional, de tal modo que la victoria final de los obreros sólo será posible cuando el proletariado haya liberado a todo el mundo de la canalla capitalista y haya sofocado completamente a la burguesía.

Por ello, es del todo natural que el proletariado se sirva de una organización para su lucha. Cuanto más vasta, fuerte y sólido sea esa organización, tanto más rápido se alcanzará la victoria final. Tal organización transitoria es el Estado proletario, el poder y el dominio de los obreros, su dictadura. Como todo poder, también el poder de los proletarios es una violencia organizada. Como todo Estado, también el Estado proletario es un instrumento de opresión. No es necesario sin embargo tratar de manera tan formal la cuestión de la violencia. Tal sería el modo de concebir de un buen cristiano, de un toistoiano, pero no de un revolucionario. Al pronunciarse sobre la cuestión de la violencia en sentido afirmativo o negativo, es necesario ver contra quién es empleada la violencia. Revolución y contrarrevolución son en igual medida actos de violencia, pero desistir por ese motivo de la revolución sería una tontería.

El mismo planteamiento se puede hacer para la cuestión del poder y la violencia autoritaria del proletariado. Esta violencia es por cierto un medio de opresión, pero usado contra la burguesía. Ello implica un sistema de represalias, pero también estas represalias van a su vez dirigidas contra la burguesía. Cuando la lucha de clases llega al punto de máxima tensión y se convierte en guerra civil, no se puede estar hablando de la libertad individual, sino que se debe hablar de la necesidad de reprimir sistemáticamente a la clase explotadora.

El proletario debe escoger entre dos cosas: o aplastar de modo definitivo a la burguesía derrotada y defenderse de sus aliados internacionales, o no hacerlo. En el primer caso debe organizar este trabajo, conducirlo de modo sistemático, extenderlo hasta donde lleguen sus fuerzas. Para hacer esto el proletariado necesita a toda costa una fuerza organizada. Esta fuerza es el poder estatal del proletariado. Las diferencias de clase no se borran del mundo con un trazo de pluma. La burguesía no desaparece como clase después de haber perdido el poder político. De igual modo, el proletariado es siempre proletariado, incluso después de su victoria. Sin embargo, éste ya ha tomado su posición de clase dominante. Debe mantener esta posición o fundirse de inmediato con la masa restante, que le es profundamente hostil. Así se presenta históricamente el problema y no puede ser resuelto de dos maneras distintas. La única solución es ésta: como fuerza propulsora de la revolución, el proletariado tiene el deber de mantener su posición de dominador hasta que haya logrado convertir a su imagen a las demás clases. Entonces -y sólo entonces-, el proletariado deshace su organización estatal y el Estado “se extingue”. Con respecto a este período de transición, los anarquistas asumen una posición distinta, y la diferencia entre nosotros y ellos se resuelve efectivamente en el estar por o contra el [Estado-común](#) proletario, por o contra la [dictadura del proletariado](#).

Todo poder, más bien el poder general, es para los anarquistas inaceptable en cualquier circunstancia, porque es una opresión, incluso si se ejerce contra la burguesía. Por esto en el actual período de desarrollo de la revolución, los anarquistas se unen a la burguesía y a los partidos colaboracionistas en el lanzar gritos contra el poder del proletariado. Cuando los anarquistas gritan contra el poder del proletariado cesan de ser los “izquierdistas” o los “radicales” como habitualmente son llamados; al contrario, se convierten en malos revolucionarios, que no quieren dirigir contra la burguesía una lucha de masas organizada y sistemática. Renunciando a la dictadura del proletariado, se privan del arma más válida para la lucha; combatiendo contra esta dictadura desorganizan las fuerzas del proletariado, le arrancan el arma de las manos y, objetivamente, prestan ayuda a la burguesía y a los social-traidores, agentes de ésta.

El concepto fundamental que explica la posición de los anarquistas frente a la cuestión de la sociedad futura y su actitud ante la dictadura del proletariado es fácilmente detectable: consiste en su aversión -por así decir de principio-, al método de la acción de masas sistemática y organizada.

De la teoría anarquista se deduce que el anarquismo consecuente debe ser contrario al poder soviético y combatirlo². Pero dado que tal actitud sería evidentemente absurda para los obreros y campesinos, no hay muchos anarquistas que extraigan esta consecuencia de sus postulados, sino más bien al contrario, hay

2 Aquí el autor se refiere a cuanto ha sucedido en la Rusia soviética. Nota de la redacción italiana.

anarquistas plenamente satisfechos de sentarse en el órgano supremo legislativo y ejecutivo del poder estatal del proletariado, es decir, en el Comité Ejecutivo Central del Soviet.

Es evidente que ésta es una contradicción, un abandono del genuino punto de vista anarquista. Pero se entiende que los anarquistas no puedan tener un especial amor por los Soviets. En el mejor de los casos solamente “los aprovechan” y están siempre dispuestos a desorganizarlos. De este planteamiento surge otra diferencia práctica bastante profunda: para nosotros la tarea principal consiste en dar una base lo más amplia posible del poder de las organizaciones proletarias de masas -a los Consejos Obreros-, en reforzarlos y en organizarlos; mientras que los anarquistas deben impedir conscientemente este trabajo.

También son profundamente divergentes nuestros caminos en el terreno de la praxis económica durante el período de la dictadura del proletariado. La condición fundamental para la victoria económica sobre el capitalismo consiste en evitar que la “expropiación de los expropiadores” no degenera en un reparto, aunque sea en partes iguales. Toda repartición produce pequeños propietarios, pero de la pequeña propiedad resurge la gran propiedad capitalista, y así la repartición de la posesión de los ricos lleva necesariamente al renacimiento de la misma clase de “ricos”.

La tarea de la clase obrera no consiste en efectuar una repartición favorable a la pequeña burguesía y a la plebe harapienta, sino en la sistemática y organizada utilización social y colectiva de los medios de producción a expropiar.

Y esto, a su vez, solamente es posible en el caso en que la expropiación sea llevada a término de modo orgánico, bajo el control de las instituciones proletarias; en caso contrario la expropiación adquiere un carácter abiertamente desorganizador y fácilmente degenera en una simple “apropiación” por parte de personas privadas de aquello que debería ser propiedad social.

La sociedad rusa -y especialmente la industria y la producción agrícola-, atraviesan por un período de crisis y ruina total. No sólo la evidente destrucción de las fuerzas productivas, sino también la colosal desorganización de todo el aparato económico son la causa de estas dificultades tremendas. Por ello los obreros se deben preocupar, ahora más que nunca, de hacer exactamente el inventario y el control de todos los medios de producción, casas, productos de consumo requisados, etc. Un control semejante sólo es posible en el caso de que la expropiación se cumpla no por personas o grupos privados, sino por los órganos del poder proletario.

CAPÍTULO III

Expresamente no hemos polemizado con los anarquistas como si ellos fueran delincuentes, criminales, bandidos, etc. Para los obreros lo importante es comprender lo pernicioso de su doctrina de la cual se deduce una praxis dañina.

El centro de la argumentación no puede consistir en una polémica superficial. Pero todo lo que se ha dicho hasta ahora explica por sí mismo por qué son justamente los grupos anarquistas quienes generan rápidamente grupos de “expropiadores” que expropian para sus propios bolsillos y por qué la delincuencia se reúne en torno a los anarquistas mismos. Siempre y por todas partes se encuentran elementos turbios que explotan la revolución con fines de enriquecimiento personal. Pero donde la expropiación actúa, bajo el control de organismos de masas es mucho más difícil que se dé la situación de lucro personal.

En cambio, cuando por razones de principio se evita formar parte en acciones de masas organizadas, y se sustituye a éstas por acciones de grupos libres “que deciden por sí mismos”, “autónoma e independientemente”, se crea el mejor terreno para “expropiaciones” tales que no se diferencian teórica ni prácticamente de las gestas de un vulgar salteador callejero.

El lado peligroso de las expropiaciones individuales, de las confiscaciones, etc., no consiste sólo en el hecho de que frenan la creación de un aparato de producción, distribución y control; sino que consiste también en el hecho de que estos actos desmoralizan completamente y restan conciencia de clase a los hombres mismos que los cumplen, los desacostumbran del trabajo común con los compañeros y de las exigencias de la voluntad colectiva, y sustituyen estos sentimientos por el arbitrio de un grupo singular o inclusive de un singular “individuo libre”.

La Revolución obrera tiene dos vertientes: la de la destrucción y la de la creación o reconstrucción. El lado destructivo se revela sobre todo en la destrucción del Estado burgués. Los oportunistas socialdemócratas afirman que la conquista del poder por parte del proletariado no significa en absoluto la destrucción del Estado capitalista, pero una “conquista” semejante existe sólo en cabeza de algunos individuos. En realidad la conquista del poder por parte de los obreros no puede realizarse más que destruyendo el poder de la burguesía.

En esta obra de destrucción del Estado burgués los anarquistas pueden cumplir un trabajo positivo, pero son orgánicamente incapaces de crear un “mundo nuevo”, y por otra parte, después de la conquista del poder por parte del proletariado, cuando el trabajo más urgente es el de construir el socialismo, entonces los anarquistas cumplen una misión casi exclusivamente negativa, perturbando esta construcción con sus salvajes y desorganizadoras acciones.

Comunismo y revolución comunista, he aquí la causa del proletariado, de la clase activamente productiva, por el mecanismo de la gran producción. Todos los otros estratos de las clases pobres pueden volverse agentes de la Revolución comunista sólo en cuanto se pongan a la retaguardia del proletariado.

La anarquía no es la ideología del proletariado, sino la de los grupos que están desclasados, inactivos, separados de todo trabajo productivo: es la ideología de una plebe de mendigos (“lumpen proletariado”) categoría que se recluta entre proletarios, burgueses arruinados, intelectuales decadentes, campesinos rechazados de su familia y empobrecidos; un conjunto de gente que no es capaz de crear nada nuevo, ningún valor, sino solamente de apropiarse de aquello de lo que se han adueñado mediante las “confiscaciones”. Este es el fenómeno social de la anarquía.

La anarquía es el producto de la desintegración de la sociedad capitalista. La característica de esta miseria la provoca la disolución de los vínculos sociales, la transformación de gente que en un tiempo era miembro de una clase en “individuos” atomizados que no dependen ya de clase alguna, que existen para “si mismos”, que no trabajan y que para conservar su individualismo no se subordinan a ninguna organización. Esto es la miseria productiva por el bárbaro régimen capitalista.

Entonces, una clase tan sana como la de los proletarios no puede dejarse infectar por la anarquía. Sólo en caso de disgregación de la misma clase obrera puede emerger a uno de sus polos la anarquía, como síntoma de enfermedad. Y la clase obrera, luchando contra su disolución económica, debe también luchar contra su disolución ideológica, producto de la cual es la anarquía.

ANARQUISMO Y COMUNISMO “CIENTÍFICO”

Luigi Fabbri

CAPÍTULO I

LA FRASEOLOGÍA BURGUESA DEL COMUNISMO “CIENTÍFICO”

Hace poco se ha publicado un opusculito de doce páginas del excelente teórico -como fue presentado la primera vez al público por la prensa socialista y comunista- Nicolai Bujarin, con el pomposo título de “Anarquía y Comunismo Científico”, a cargo de la casa editora del Partido Comunista de Italia. Veamos pues cuánta “ciencia” hay dentro.

Bujarin no expone ninguna idea genuina del anarquismo, ninguno de los postulados del programa comunista anarquista, tal como son verdaderamente; ni se toma la molestia de informarse sobre las ideas anarquistas, extrayendo información de la fuente directa de su literatura histórica y teórica. El no hace sino repetir trillados lugares comunes, hablando sin cuidado de acuerdo con lo que ha oído decir jugando a la fantasía sobre las cuestiones del anarquismo que menos conoce. Una incompreensión semejante de la teoría y la táctica de la anarquía no es posible encontrarla sino en los escritores más superficiales y de mala fe de la burguesía de hace treinta o cuarenta años.

Se trata, en sustancia, de un escrito bastante banal y de poca importancia. Pero ha sido difundido en Italia bajo la égida de un partido compuesto en su mayor parte de proletarios, y se lo presenta a los obreros como una refutación del anarquismo. Los editores italianos presentan el opúsculo de Bujarin como un trabajo de **admirable claridad, que esculpe de modo lapidario la inconsistencia y el absurdo de la doctrina anarquista**. Valía por tanto la pena mostrar cómo nada hay de más absurdo, inconsistente y ridículo que esta “ciencia” del no saber nada con la que se intenta desacreditar la idea de la anarquía.

Por otra parte el opúsculo de Bujarin ha sido para nosotros una ocasión más para hacer propaganda sobre nuestras ideas entre los trabajadores, a los cuales nos dirigimos de modo especial y de los cuales nos ocupamos

sobre todo; y no por cierto una tentativa de convencer personalmente al autor o a los editores del opúsculo, con quienes perderíamos el tiempo³.

Para caracterizar el vacío y la ignorancia que predomina entre esta gente que se bautiza a si misma de científica -son siempre los más ignorantes quienes necesitan ostentar títulos académicos legítimos o no- basta la fraseología de quien ama hacer pompa.

Esta fraseología se asemeja a la quincallería que se echan encima los piojos resucitados y a las poses que asumen, pasando altaneros entre la gente, como diciendo: “Haceos a un lado, que pasamos nosotros; y cuidado con no descubrirse ante nuestra sublimidad”. Y cuando hablan, en su inconmensurable pretensión miran desde arriba a todos los miserables mortales, sin darse cuenta que dicen no sólo burradas, sino verdaderas injurias -propias de maleducados y villanos- a aquellos a quienes se dirigen.

Escuchad, por ejemplo, cómo y con qué prosopopeya Bujarin se dirige a los anarquistas, echándoles en cara la condescendencia de haber discutido teorías que... no conoce. “Expresamente no hemos polemizado con los anarquistas como si fuesen delincuentes, criminales, bandidos, etc.” Es la dialéctica de los jesuitas, que enseña a lanzar la injuria fingiendo no querer decirla... Pero esto, para concluir más adelante que de los grupos anarquistas salen “los expropiadores para los propios bolsillos”, o ladrones si se quiere, y que “en torno a los anarquistas se recoge la delincuencia”.

¡Qué impudicia! En su odio por los rebeldes, por todos aquellos que por su amor a la libertad no quieren plegarse a sus deseos y no quieren sufrir sus imposiciones, en el movimiento obrero hoy y en la revolución mañana, estos no tienen recato en agacharse a recoger, para lanzarlo contra los anarquistas, el peor fango de la calumnia y de la difamación de las comisarías y del periodismo burgués. ¡Parece que estuvieran leyendo libelos policíacos! ¿Y se echa a rodar esta mercancía, estos lugares comunes de la injuria grosera, bajo el nombre de “ciencia”?

¿Cómo discutir sobre cosas semejantes? La organización anarquista no pretende estar constituida por gentes superiores a las demás, sus hombres tienen, naturalmente, los defectos comunes a todos los mortales, y por eso, como todo partido, también la organización anarquista tiene sus deficiencias, sus escorias; y puede siempre haber individuos que buscan cubrir con su bandera las propias tendencias morbosas y antisociales. Pero no por cierto en mayor proporción que en los demás partidos. ¡Al contrario! Más bien las peores formas de delincuencia, fruto del egoísmo y de la ambición, del espíritu de interés y de lucro, se mantienen a distancia del anarquismo, por el hecho de que en su ámbito hay poco o nada que ganar y casi todo que perder.

¡Crean los “científicos”, del comunismo, que nosotros podríamos cómodamente devolverles este género de ataques, si no creyésemos envilecernos al hacerlo y si no estuviéramos persuadidos que eso no serviría para nada! “Aquellos que -como dice Bujarin- aprovechan la revolución para su interés personal” no es entre los anarquistas que pueden ser encontrados más fácilmente, sea en Rusia o fuera de ella...

La anarquía, presentada por Bujarin, sería “un producto de la desintegración de la sociedad capitalista”, una especie de **infección**, que se difunde predominantemente entre la **hez social**, entre **individuos atomizados**, fuera de toda clase, que existen sólo para sí mismos, **que no trabajan, incapaces orgánicamente de crear** un nuevo mundo y valores nuevos: proletarios, pequeño burgueses, intelectuales decadentes, campesinos empobrecidos, etc.

La que Bujarin toma por “anarquía” sería no una ideología del proletariado **sino un producto de la disolución ideológica** de la clase obrera, **la ideología de una plebe de mendigos**. En otra parte la llama⁴ el “Socialismo de la Plebe”, del proletariado ocioso y vagabundo. En otro punto de su opusculito antianarquista, Bujarin la denomina “plebe harapienta”.

3 No se crea que Bujarin habla del anarquismo y de los anarquistas rusos solamente. En su opúsculo no hace distinción alguna y habla de la totalidad. Por otra parte, los anarquistas rusos no son distintos, en ideas y programas, de los anarquistas de los demás países.

4 Ver el, ABC del Comunismo, de Bujarin y Preobrascewsky, editorial Avanti, Milán. Pág. 85.

No crean los lectores que se trata de una exageración. Cuanto he repetido aquí arriba son expresiones citadas literalmente, tan sólo abreviadas o condensadas por razones de espacio: suficientes sin embargo, para dar una idea de en qué cosa Bujarin ve nada menos que el [fundamento social de la anarquía](#).

Los trabajadores que nos leen, incluso los más alejados de nosotros, por poco que sepan de anarquismo, saben suficiente para hacer justicia por sí mismos a estas extravagantes simplezas. No sólo en Rusia hay anarquistas para que a los obreros italianos se les puedan dar luciérnagas por linternas, como se cuentan a los niños las fábulas de los ogros y los hechiceros. Los proletarios de Italia, en medio de los cuales los anarquistas son bastante numerosos por doquiera, pueden ellos mismos responder por nosotros que en todo cuanto Bujarin fantasea no hay nada de verdadero.

El anarquismo, aún no teniendo la pretensión de ser “doctrina del proletariado” -si acaso, prefiere ser una doctrina humana- es [de hecho](#) una doctrina seguida casi exclusivamente por proletarios: los burgueses y los pequeño burgueses, los así llamados intelectuales, profesionales, etc., son rarísimos y no ejercen ninguna influencia predominante. Hay infinitamente más y tienen mayor predominio en todos los otros partidos, que sin embargo se dicen proletarios, incluido el “comunista”. Y, en línea general, los proletarios anarquistas no constituyen de hecho una categoría especial mejor o peor: trabajan como los otros obreros, pertenecen a todos los oficios, los hay en la grande y en la pequeña industria, en las fábricas, en el artesonado, en los campos; pertenecen a las mismas organizaciones de trabajo que los demás, etc., etc.

Hay, naturalmente, anarquistas también entre las categorías más desgraciadas del proletariado -entre aquellas que altaneramente Bujarin sintetiza como [plebe harapienta](#)- pero no es en lo más mínimo un fenómeno exclusivo de la anarquía. Si así fuera, si en verdad todos los mendigos, todos los harapientos, toda la plebe que más sufre la opresión capitalista viniera a nosotros, no nos disgustaría en absoluto; la acogeríamos con los brazos abiertos, sin desdenes injustos y sin preferencias fuera de lugar. Pero es un hecho -para desmentir la fantástica catalogación de Bujarin- que la anarquía tiene sus secuaces entre estas categorías en la misma proporción que entre las otras como las tienen los otros partidos, sin excluir al partido comunista.

¿Qué queda, con esto, de toda la fraseología pseudocientífica de Bujarin contra el anarquismo?

Nada, sino la revelación por así decir inconsciente de un estado de ánimo, que debería poner en guardia al proletariado, hacerlo preocuparse seriamente sobre el peligro que correrá si, para su desgracia, confía en estos doctrinarios del comunismo dictatorial la propia suerte.

¿Quién habla con tanto desprecio de la “plebe harapienta”, de la “plebe de mendigos”, de la “hez”, etc.? Son precisamente los pequeño burgueses, viejos o recientes, venidos de la burguesía o del proletariado, que hoy dominan en las organizaciones, en los partidos, en el periodismo obrero, jefes de toda especie, que constituyen la clase dirigente de mañana, [minoría](#) también ella, que ejercitará bajo otra forma la explotación y la opresión de las [grandes masas](#), circundándose a lo más de las categorías más afortunadas del proletariado ciudadano -aquellas de la gran industria-, con exclusión y en daño de todas las otras.

Bujarin imprudentemente lo confiesa en su opúsculo, cuando hace del comunismo y de la revolución una especie de monopolio de la única parte del proletario [soldada por el mecanismo de la gran producción](#). “Todos los otros estratos de las clases pobres -prosigue- pueden convertirse en agentes de la revolución sólo en cuanto se ponen a la retaguardia del proletariado”. Entonces, las “clases pobres” que no pertenecen a la gran industria, ¿no serían proletariado? Se haría cierta así la profecía de Bakunin, según quien la pequeña minoría de los obreros industriales puede convertirse en la explotadora y dominadora de las grandes masas pobres. Incluso si no se lo enuncia explícitamente, esto se intuye del lenguaje que estos futuros dominadores -en Rusia ya son dominadores hoy en día- emplean hacia las desgraciadas [clases pobres](#), a las que asignan la pasiva misión de ponerse a retaguardia de la minoría que quiere subir al poder. Este lenguaje despreciativo y altanero revela -repito- un estado de ánimo: el estado de ánimo propio de los patrones, de los dominadores, con respecto a los siervos y a los súbditos. Es el mismo lenguaje que se emplea entre nosotros por parte de los arribistas de la burguesía y

especialmente de la pequeña burguesía, contra el proletariado en bloque: “mendigo, harapiento, hez, incapaz de crear, que no trabaja, etc.”.

Lean los trabajadores italianos el opúsculo de Bujarin: nosotros, para hacer valer nuestras razones, no necesitamos hacer la conjura del silencio en torno a lo que escriben y dicen nuestros adversarios, ni de retroceder o falsear sus ideas. Tenemos más bien todo el interés en que los proletarios confrontes las ideas nuestras con las ideas contrarias. Pero si leen las breves páginas de Bujarin, no sabemos qué impresión sentirán al encontrar, dirigida contra los anarquistas, la misma ultrajante fraseología burguesa con la que en Italia se vitupera hoy a los obreros y a los revolucionarios todos, ¡comprendidos los mismos comunistas!

Con todo esto es justamente Bujarin quien tiene el coraje de decir que [¡los anarquistas se unen a los burgueses y a los partidos colaboracionistas contra el poder del proletariado!](#)

¡Naturalmente, Bujarin se guarda bien de aportar argumentos y hechos para probar tal afirmación, pura y simple difamación! Los hechos, toda la historia del anarquismo de cincuenta años, el heroísmo de tantos anarquistas rusos muertos desde 1917 en adelante con el arma empuñada para defender la revolución de su país, todo contribuye a probar luminosamente lo contrario.

Los anarquistas combaten contra todo poder, contra toda dictadura, también si se cubre del manto proletario. Pero para eso no tienen necesidad de unirse a los burgueses ni de hacer colaboracionismo, ni en Rusia ni en otra parte. Los anarquistas pueden enorgullecerse de constituir en todas partes la única organización que -a costa de quedarse casi siempre sola- ha sido siempre, desde que salió, irreductible e intransigente contra toda forma de colaboracionismo estatal o de clase, no deponiendo nunca las armas en su posición de enemigo frente a la burguesía.

Pero nosotros no hemos tomado la pluma sólo para discutir o rebatir vacías frases difamatorias y ultrajantes. En el opúsculo de Bujarin se intenta discutir también algunas ideas del anarquismo o atribuidas al mismo; y a este lado, por mísero que sea, dedicaremos la mayor parte de nuestro breve trabajo de polémica y de propaganda -ocupándonos menos de Bujarin- y más de los argumentos a los cuales se refiere aquí y allá, manteniendo dentro de lo posible la discusión en un campo impersonal y sin preocuparnos más de la fraseología irritante y antirrevolucionaria con que nuestro adversario ahoga las pocas razones que aduce.

CAPÍTULO II

EL ESTADO Y LA CENTRALIZACIÓN DE LA PRODUCCIÓN

Los escritores comunistas -entre ellos especialmente Bujarin- desde hace un tiempo atribuyen a los anarquistas un error, que en cambio los anarquistas siempre han refutado y que ha sido hasta ayer un error exclusivo de los socialdemócratas de la Segunda Internacional: el de hacer consistir todo el contraste entre marxismo y anarquismo en el [objetivo final](#) de la abolición o no del Estado en la futura sociedad socialista.

Los socialistas democráticos -que entonces se decían “científicos” como ahora los comunistas- afirmaban en un tiempo la necesidad del Estado en el régimen socialista y pretendían con eso ser marxistas. Hasta hace poco han sido solamente -o casi- los escritores anarquistas quienes revelaron esta falsificación del marxismo, de la cual ahora en cambio se querría hacerlos co-responsables.

En el congreso obrero y socialista internacional de Londres de 1896 -en el cual fue deliberada la exclusión de los anarquistas (los únicos que entonces se decían comunistas) de los congresos internacionales porque no aceptaban la conquista del poder como medio y como fin- fue justamente Errico Malatesta quién mencionó que

originariamente el objetivo final de los anarquistas y socialistas era único, por la abolición del Estado, y que sobre esto los marxistas habían abandonado las teorías de Marx.

En los escritos de anarquistas ha sido repetida infinidad de veces la notoria interpretación anarquista del socialismo que Carl Marx daba en 1872, en el curso de una de sus más violentas polémicas con Bakunin:

“Todos los socialistas entienden por anarquía esto: cuando se haya conseguido el objetivo del movimiento proletario, esto es, la abolición de las clases, el poder del Estado -que sirve para tener la gran mayoría productiva bajo el yugo de una minoría explotadora poco numerosa- desaparece y las funciones gubernativas se transforman en simples funciones administrativas”.⁵

Nosotros no aceptamos esta concepción marxista de la anarquía, porque no creemos en la muerte natural o fatal del Estado, como consecuencia automática de la abolición de las clases. El Estado no es solamente un producto de la división de clases; sino es él mismo a su vez un generador de privilegios, y produce así nuevas divisiones de clases. Marx estaba en un error al considerar que, abolidas las clases, el Estado moriría de muerte natural, como por falta de alimento. El Estado no cesará de existir si no se le destruye deliberadamente, del mismo modo que no dejará de existir al capitalismo, si no se le mata expropiándolo. Dejando en pie un Estado, él generará alrededor de sí una nueva clase dirigente, si es que no prefiere repacificarse con la antigua. En sustancia, en tanto exista el Estado, las divisiones de clase no cesarán y las clases no serán nunca definitivamente abolidas.

Pero aquí no es el caso de ver cuánto haya de ideológico en la idea que Marx se hacía del fin del Estado. Es un hecho que el marxismo concuerda con el anarquismo en preconizar que el comunismo conlleva la muerte del Estado: solamente, según el marxismo, el Estado debe morir de muerte natural, mientras según el anarquismo no podrá morir sino de muerte violenta.

Y esto, repetimos, los anarquistas -en sus polémicas con los socialdemócratas- lo han señalado desde 1880 hasta hoy una infinidad de veces.

Los comunistas autoritarios, mientras critican con razón el concepto socialdemocrático (atribuyéndola sin embargo erróneamente también a los anarquistas) que la diferencia sustancial entre socialismo y anarquismo esté en el objetivo último de la eliminación del Estado, caen a su vez en un error similar y tal vez más grave.

Ellos, y por ellos Bujarin, sostienen que la “verdadera diferencia” entre los anarquistas y comunistas de Estado consiste en esto: que “mientras el ideal de los comunistas es la producción centralizada y metódicamente organizada en grandes haciendas, el ideal de los anarquistas consiste en la constitución de pequeñas comunas, las cuales por su estructura no pueden gestionar ninguna gran hacienda, sino que estrechan entre ellas acuerdos mediante una red de libres contrataciones”⁶.

Sería interesante saber en qué libro, opúsculo o programa anárquico se encuentra formulado semejante “ideal”, ¡o más bien semejante mazacote!

Sería necesario saber por qué defectos de estructura, por ejemplo, una pequeña comunidad no podría gestionar una gran hacienda, y porqué ésta debería ser impedida por el hecho de las libres contrataciones o intercambios, etc. Así, los comunistas estatales imaginan que los anarquistas están por una pequeña producción descentralizada. Pequeña, ¿por qué?

Probablemente se cree que la descentralización de las funciones significa siempre y a toda costa el desmenzamiento de la producción y que la producción en grande, la existencia de vastas asociaciones de

5 Obras de Marx, Engels y Lassalle, editadas por Avanti, Milán, Vol. II, “La Alianza de la Democracia Socialista y la Asociación, internacional de los Trabajadores”.

6 Estas y otras afirmaciones, que reproducimos entre comillas o en negrita (color azul), son palabras textuales de Bujarin en su opúsculo. Por otra parte, repite las mismas cosas en el escrito ya citado El ABC del Comunismo y en otro, El Programa de los Comunistas, editado por Avanti en 1920.

productores, sea imposible sin la centralización de su gestión en una única oficina central, según un único plano directo. ¡Esto sí que es infantilismo! Los comunistas marxistas, especialmente los rusos, están hipnotizados a distancia por el espejismo de la gran industria de Occidente y de América y permutan por organismo de producción aquello que es exclusivamente un medio de especulación típicamente capitalista, un medio para ejercitar la explotación con más seguridad; y no se dan cuenta que esta especie de centralización, lejos de propender a las verdaderas necesidades de la producción, es un cambio justamente aquello que la limita, la obstaculiza y frena de acuerdo con el interés capitalista.

Cuando los comunistas dictatoriales hablan de “necesidad de la producción”, no distinguen las necesidades de las cuales depende el obtener una mayor cantidad y una mejor calidad de productos -única cosa que interesa desde el punto de vista social y comunista- de las necesidades inherentes al régimen burgués, necesidad de los capitalistas de ganar más incluso si con eso se debe producir menos. Si el capitalismo tiende a la centralización de las propias gestiones, no lo hace en interés de la producción, sino exclusivamente en interés de ganar y acumular más dinero -lo cual rara vez aconseja a los capitalistas dejar incultas enormes extensiones de tierra, frenar ciertas producciones; ¡e incluso destruir productos terminados!-. A pesar de todas estas consideraciones, la verdadera cuestión del contraste entre comunistas autoritarios y comunistas anarquistas no está aquí.

Los anarquistas no tienen, acerca del mejor modo de gestionar material y técnicamente la producción, ningún preconcepto ni apriorismo absoluto, y se pliegan a aquello que, en el seno de una sociedad libre, aconseje la experiencia e impongan las circunstancias. Lo importante es que, cualquiera que sea el tipo de producción adoptado, lo sea por la libre voluntad de los productores mismos, y no sea posible su imposición, no forma alguna de explotación del trabajo ajeno. Dadas estas premisas fundamentales, la cuestión del modo de organizar la producción pasa a segundo plano. Los anarquistas no excluyen a priori ninguna solución práctica y admiten también que pueda haber varias soluciones divergentes y contemporáneas, después de experimentar las cuales los trabajadores podrán encontrar con conocimiento de causa la vía adecuada para producir siempre más y mejor.

Los anarquistas se oponen enérgicamente al espíritu autoritario y centralista de los partidos de gobierno y de todas las concepciones políticas estatales, centralistas por naturaleza. Por tanto, conciben la futura vida social sobre bases federalistas, del individuo a la corporación, a la comuna, a la región, a la nación, a lo internacional, sobre la base de la solidaridad y del libre acuerdo. Y es natural que este ideal se refleje también sobre la organización de la producción, haciendo preferir un tipo, en cuanto sea posible, de organización descentralizada; pero no como regla absoluta a imponerse a todos los lugares y en todos los casos. El mismo ordenamiento libertario, por otra parte, haría imposible imponer una solución tan unilateral.

Por cierto, los anarquistas rechazan la utópica idea de los marxistas de una producción organizada apriorístico y unilateralmente de tipo centralizado, regulada por una oficina central que todo lo ve y cuyo juicio es infalible. Pero si no aceptan la absurda solución marxista, no por eso caen en el extremo opuesto, en el apriorismo unilateral de las “pequeñas comunas que hacen sólo una pequeña producción” que les atribuyen los escritores del comunismo “científico”. Totalmente al contrario, desde 1890 Kropotkin tomaba como punto de partida “el estado actual de las industrias, donde todo se entrecruza y se sostiene recíprocamente, donde cada ramo de la producción se sirve de todos los otros”; y mostraba como ejemplos de posibles organizaciones comunistas anárquicas, con las debidas modificaciones, algunos de los más vastos organismos nacionales e internacionales de la producción y distribución, de los servicios públicos y de cultura.

Los autoritarios del comunismo, sectarios y dogmáticos por cuenta propia, no pueden entender que otros sean distintos de ellos; por ello nos atribuyen sus mismos defectos. Nosotros creemos en línea general, incluso sobre el terreno económico -bien que nuestra hostilidad se dirija prevalentemente a sus manifestaciones políticas- que la centralización es la dirección menos útil, menos consonante en las necesidades prácticas de la vida social. Pero esto no nos impide en absoluto reconocer que pueden haber determinados ramos de la producción, ciertos servicios públicos, algunas oficinas administrativas, de cambio, etc., en las cuales también la centralización de funciones sea necesaria. En cuyo caso nadie se opondrá a ella. Lo importante para los anarquistas es que no haya centralización de poder; vale decir que bajo el pretexto de una necesidad práctica, no se llegue a imponer por fuerza a todos un método querido por pocos. Peligro que será eliminado si desde el principio es abolida toda

autoridad gubernativa, todo organismo policiaco que pueda imponerse por la fuerza y con el monopolio de la violencia armada.

Al error de los neo-marxistas de la centralización forzada y absoluta, nosotros no oponemos la descentralización por fuerza y en todas las cosas, que sería un error idéntico en sentido opuesto. Nosotros preferimos una dirección descentralizadora; pero en última instancia, tratándose de un problema práctico y técnico, nos referimos a la libre experiencia, bajo cuya guía se decidirá, según los casos y las circunstancias, en el interés común, por el aumento de la producción y en modo que, ni de un sistema ni del otro, pueda nunca resultar dominación o explotación alguna del hombre por el hombre.

No es necesario confundir la centralización política de la fuerza estatal en las manos de pocos, con la centralización de la producción. Ello es tan cierto que hoy la producción no está centralizada en el gobierno, más bien es independiente de éste y está descentralizada entre los varios proletarios, industrias, empresas, sociedades anónimas, compañías internacionales, etc.

La esencia del Estado, según los anarquistas, no consiste por tanto (como imaginan los comunistas autoritarios) en la centralización mecánica de la producción -que es una cuestión distinta, de la cual ya hemos hablado antes- sino en la centralización del poder, vale decir sobre todo en la autoridad coercitiva de la cual el Estado tiene el monopolio, en la organización de la violencia ¡llamada “gobierno”; en el despotismo jerárquico, jurídico, policiaco y militar que impone a todos sus leyes, defendiendo los privilegios de la clase propietaria y crea otros propios. Pero se comprende que si a los centralización en el gobierno, más o menos dictatorial, de todos los poderes militares y políticos, se agregara la centralización económica de la producción -vale decir que el Estado fuese al mismo tiempo carabinero y patrón y la oficina fuese también cuartel-, entonces la opresión estatal se tornaría intolerable -y las razones para hostilizarla, de parte de los anarquistas, se verían multiplicadas-.

Desdichadamente, es ésta la desembocadura evidente de la vía por la cual se han metido los comunistas autoritarios. Ni ellos mismos lo niegan.

En efecto, ¿qué quieren hacer en la práctica los comunistas? ¿Qué han comenzado a hacer en Rusia? La dictadura estatal y militar más centralizada opresiva y violenta. Y con eso, al Estado dictatorial le confían o entienden confiarle conjuntamente la gestión de la riqueza social y de la producción: lo cual exagera y vuelve hipertrófica la autoridad estatal, [también en daño de la producción](#), y tiene por consecuencia la constitución de una nueva clase o casta privilegiada en lugar de la antigua. Sobre todo [en daño de la producción](#): no está más insistir sobre esto; y la experiencia rusa ha demostrado que no estamos equivocados -porque si hoy Rusia- se debate en las apreturas terribles del hambre, esto es ciertamente a causa del infame bloqueo del capitalismo occidental y a causa de la sequía excepcional del clima; pero han contribuido en buena parte los efectos [desorganizadores](#) de la centralización burocrática, política y militar dictatorial.

Los comunistas autoritarios dicen querer alcanzar también ellos la abolición del Estado: sabíamos de esta opinión desde los tiempos de Marx y Engels. Pero la opinión o la intención no bastan: es necesario actuar en consecuencia desde el principio. En cambio los comunistas dictatoriales, con la dirección que dan a su movimiento y quieren imprimir a la revolución, se ponen precisamente en la vía opuesta a aquella que conduce a la abolición del Estado y al comunismo.

Ellos van directamente hacia el “Estado fuerte y soberano” de socialdemocrática memoria y hacia una más arbitraria dominación de clase, bajo la cual el proletariado de mañana se verá constreñido a hacer una nueva revolución. Los comunistas que quieren el comunismo en serio, que mediten sobre este error fatal que mina desde las bases todo el edificio de los partidos comunistas autoritarios, en vez de perder tiempo en fantasear sobre errores imaginarios de los anarquistas. Los cuales tienen todo el derecho de responder a las críticas de los estadólatras del comunismo. [¡Medico, cúrate a ti mismo!](#)

CAPÍTULO III

LA DICTADURA “PROVISORIA” Y EL ESTADO

La verdadera cuestión esencial, la diferencia que separa a los autoritarios de los libertarios del comunismo, es la de la dirección a imprimir a la revolución, estatal según unos, anárquica según otros.

Es bien cierto que entre el régimen capitalista y el régimen socialista correrá un período intermedio de lucha, durante el cual el proletariado deberá trabajar para desarraigar los restos de la sociedad burguesa, y que en esta lucha los obreros revolucionarios deberán participar en primera línea sirviéndose de la fuerza de la organización. Por otra parte, revolucionarios y proletariado en general tendrán necesidad de la organización no sólo por la necesidad de la lucha sino también por la de la producción y de la vida social, que no pueden detenerse.

Pero si la lucha y la organización tienen la finalidad de liberar al proletariado de la explotación y del dominio estatal, no se puede confiar la guía, la formación y la dirección precisamente a un nuevo Estado, que tendría interés en imprimir a la revolución una dirección totalmente contraria.

El error de los comunistas autoritarios, a tal propósito, es creer que no sea posible luchar y organizarse sin someterse a un gobierno; y por eso ven en los anarquistas -hostiles a toda forma de gobierno, incluso transitoria- los enemigos de toda organización y de toda lucha coordinada. Nosotros sostenemos, al contrario, no solamente que la organización y la lucha revolucionarias son posibles fuera y contra toda ingerencia gubernativa, sino que más bien éstas son las verdaderas y únicas formas eficaces de organización y de lucha, porque en ellas participan activamente todos los miembros de la colectividad en vez de confiarse pasivamente a la autoridad de los jefes supremos.

Todo organismo gubernativo es un obstáculo a la real organización de las grandes masas, de la mayoría. Cuando existe un gobierno, la única verdaderamente organizada es la minoría que la compone; y si, no obstante, las masas se organizan, ello sucede contra el gobierno, fuera de él o por lo menos independientemente de él. Fossilizándose en un gobierno, la revolución se desorganizaría como tal, porque confiaría a éste el monopolio de la organización y de los medios de lucha. La consecuencia sería que un nuevo gobierno -asentado sobre la revolución y actuando durante un período más o menos largo de su poder “provisorio”- echaría las bases burocráticas, militares y económicas de una nueva organización estatal duradera, en torno a la cual se crearía naturalmente una compacta red de intereses y de privilegios; y en breve tiempo se tendría, no la abolición del Estado, sino un Estado más fuerte y vital que el antiguo, el cual volvería a ejercer la función que le es propia -y que Marx le reconocía- de “mantener a la mayoría productora bajo el yugo de una minoría explotadora poco numerosa”.

Esto demuestra la historia de todas las revoluciones, desde las más antiguas a las más recientes; y esto es confirmado -se puede decir que bajo nuestros ojos-, por el desarrollo diario de la revolución rusa.

Acerca de la “provisoriedad” del gobierno dictatorial no es el caso de detenerse demasiado. Provisoria probablemente será la forma más áspera y violenta de autoritarismo; pero precisamente en este período violento de comprensión y de coacción se echarán las bases del gobierno o Estado duradero del mañana.

Por otra parte, incluso los mismos comunistas otorgaron bastante poca confianza a esta “provisoriedad” de la dictadura. Radek y Bordita nos hablaban hace tiempo de que duraría una generación (lo cual no era poco). Ahora, en su opúsculo, Bujarin nos advierte que la dictadura deberá durar hasta que los obreros hayan obtenido una victoria completa y que esta victoria será posible “sólo cuando el proletariado haya liberado a todo el mundo de la canalla capitalista y haya sofocado en todas partes y completamente a la burguesía”.⁷

⁷ En El ABC del Comunismo, de Bujarin y Preobrascewsky, se va más allá. “Deberán pasar dos o tres generaciones educadas bajo las nuevas condiciones, antes de que puedan eliminarse las leyes, los castigos, la represión por obra del

Si esto fuera verdad, significaría sustraer al proletariado ruso primero, y al de toda otra nación después, toda esperanza de liberación, y aplazar ésta hasta las calendas griegas, porque se comprende bien que, por más extendida y radical que pueda ser una revolución, antes que ésta consiga vencer completamente y en todo el mundo, no una sino muchas generaciones deberán pasar.

Por fortuna este pesimismo antirrevolucionario es del todo erróneo. Es un error, por otra parte, de pura marca reformista, con el en 1919–20 también en Italia se trataba de obstaculizar todo conato revolucionario “destinado a fracasar si la revolución no se llevaba a cabo en todas las otras naciones”. En realidad la revolución es posible también en zonas relativamente limitadas. La limitación en el espacio comporta una limitación en su intensidad, pero la clase obrera siempre habrá adquirido un grado de emancipación y de libertad digno del esfuerzo realizado, si no comete el error de castrarse a sí misma -vale decir, confiarse en las manos de un gobierno en vez de contar consigo misma, con sus propias fuerzas, con su propia organización autónoma-.

El gobierno, y todavía más la dictadura, daña a la revolución no porque es violenta, sino porque su violencia es autoritaria, opresiva, agresiva, militarizada, y no ya liberadora, y no solamente vuelta a combatir una violencia opuesta.

La violencia es revolucionaria cuando se le emplea para liberarse de la opresión violenta de quien nos explota y nos domina, apenas ella se organiza a su vez sobre las ruinas del viejo poder, en violencia de gobierno, en violencia dictatorial, se vuelve contrarrevolucionaria.

“Pero, nos dicen, es necesario ver **contra quien** la violencia gubernativa es usada”. Ella comienza, ciertamente, por ser empleada contra el viejo poder, contra los deseos de éste que tientan la revancha; contra los potentes extranjeros que asaltan el territorio, sea para sofocar la revolución, sea para aprovechar el momentáneo desorden para satisfacer las propias miras imperialistas. Pero, a medida que el nuevo poder se consolida, los antiguos enemigos pasan a segunda línea; más bien aquél se vuelve indulgente con éstos, busca contactos y relaciones con las potencias extranjeras, llama a los generales y a los industriales del antiguo régimen a colaborar con él; ¡y el puño de hierro de la dictadura se revuelve siempre y cada vez con más fuerza contra el proletariado mismo nombre del cual fue constituido y es ejercitado!

También esto es demostrado con los hechos del actual régimen ruso en el cual la “dictadura proletaria” se manifiesta en realidad (ni podría ser diferente) como la dictadura policíaca y militar, política y económica, de los pocos jefes de un partido político sobre toda la gran masa proletaria de las ciudades y de los campos.

La violencia de Estado termina siempre por ser usada contra los súbditos, la gran mayoría de los cuales está siempre compuesta de proletarios. “Pero, nos objetan, las distinciones de clase no se borran del mundo con un trazo de pluma; la burguesía no desaparece, como clase, después de haber perdido el poder político, y el proletariado es siempre proletariado, incluso después de su victoria, después de acceder a la posición de clase dominante”.⁸

¿El proletariado es siempre proletariado? ¡Oh! ¿Qué se ha hecho entonces de la revolución? Pero si está precisamente aquí el colmo del error bolchevique, del nuevo jacobinismo revolucionario: en el concebir la revolución, al principio, como simple hecho político, en el único desplazar del poder gubernativo a los burgueses, para asentar en su lugar a los jefes del partido comunista, mientras **el proletariado permanece proletario**, vale decir ¡privado de todo y constreñido a continuar vendiendo por un salario, a horas o por día, sus brazos para vivir! ¡Si esto sucede, es el fracaso anticipado de la revolución!

Cierto, las divisiones de clase no se cancelan con trazos de pluma, ni con los trazos de pluma de los teóricos ni con los de los garrapateadores de leyes y decretos.

Estado proletario”.

⁸ Repite que las objeciones comunistas al anarquismo, que reproducimos entre comillas o en negrita (color azul), son siempre auténticas de Nicolai Bujarin.

Las divisiones de la clase se cancelan sólo con los hechos, vale decir con la expropiación directa (no gubernativa) por parte de los proletarios, ejercida sobre la clase privilegiada. Y esto es posible inmediatamente, desde un principio, apenas el antiguo poder ha sido derrocado; y precisamente es mientras no se constituya un nuevo poder. Si el proletariado espera, para proceder a la expropiación, a que un nuevo gobierno surja y se vuelva fuerte, arriesga no alcanzar jamás el éxito y permanecer siempre proletariado, vale decir explotado y oprimido.

Y cuanto más espere para practicar la expropiación, menos fácil le será ésta; y si luego se fía del gobierno, para que sea éste el expropiador de la burguesía, ¡se quedará cornudo y apaleado! El nuevo gobierno podrá también expropiar en todo o en parte a la antigua clase dominante, pero sólo para constituir una clase dominante nueva, a la cual la generalidad del proletariado permanecerá sujeta.

El capitalismo no cesaría de ser tal si de privado se convirtiera en “capitalismo de Estado”. El Estado en tal caso no habría cumplido una expropiación sino una apropiación. A la multitud de patrones habría sucedido un patrón único, el gobierno, el cual sería también más prepotente, precisamente porque, además de ser ilimitadamente rico, tendría de su parte la fuerza armada con la cual plegar a su voluntad a los proletarios. Y éstos, en las fábricas y en los campos, serían siempre asalariados, vale decir explotados y oprimidos. Y viceversa el Estado, que no es una cosa abstracta sino un organismo hecho de hombres, sería el conjunto organizado de los dominadores y patrones de mañana -a los que no faltaría modo de buscar una sanción para su dominio en una nueva legalidad de base más o menos electoral o parlamentaria-.

Pero la expropiación, se insiste, es necesario que sea hecha con un cierto método, organizada en beneficio de todos; es necesario saber los medios de producción disponibles, las casas y terrenos, etc. La expropiación no puede ser hecha por personas singulares o grupos privados, que la volcarían en su provecho egoísta, constituyendo nuevos propietarios privilegiados. Se precisa por tanto [un poder proletario](#) que se ocupe de ella.

Todo sería justo, sin la cola en la cual... ¡está el veneno! ¡Es realmente curiosa esta gente, que querría llegar (en teoría) a la abolición del Estado y que en la práctica no sabe concebir la más mínima función de la vida que no tenga carácter estatal!

Ni siquiera los anarquistas conciben la expropiación como una especie de “quien coge, coge”, dejado al arbitrio personal y sin ningún orden⁹. Aún siendo previsible e inevitable al principio del desorden que la expropiación asuma un carácter individual -así como en los centros más alejados y en ciertas zonas de campo-, no está, en efecto, en la intención de los comunistas anárquicos adoptar un criterio semejante. Será, frente a estos casos, interés de todos los revolucionarios no chocar demasiado con ciertos estratos de la población, que podrán ser convencidos a continuación más fácilmente con la propaganda y con el ejemplo de la superioridad de organización comunista libertaria. Lo que importa sobre todo es que nadie, al día siguiente de la revolución, tenga el poder o los medios económicos de explotar el trabajo ajeno.

Pero nosotros los anarquistas pensamos que desde ahora es necesario preparar a las masas -espiritualmente, con la propaganda, y materialmente, con la organización anarquista y proletaria-, para desempeñar pronto, durante la revolución y después, todas las funciones de la lucha y de la vida social y colectiva; y, una de las primeras será precisamente la función expropiadora. Para sustraer el objetivo de la expropiación del arbitrio individual o de grupos privados, no hay en efecto necesidad de gendarmes, no hay en efecto necesidad de caer de la sartén a las brasas de la tutela estatal: [no hay necesidad del gobierno](#).

El proletariado ya tiene, localidad por localidad, en todas partes y en estrecha relación la unas con las otras, una cantidad de instituciones propias, libres, independientes del Estado: ligas y sindicatos, cámaras de trabajo y

9 Bujarin critica también la idea antediluviana de la repartición, aunque sea en partes iguales, de la riqueza. Naturalmente, no está equivocado, pero incluir eso en una crítica general del anarquismo es un verdadero anacronismo. Cuanto dice Bujarin a propósito del tema, se le encuentra en todos los opusculitos y periódicos de propaganda que los anarquistas publicaban cuarenta años atrás.

cooperativas, federaciones, uniones y confederaciones, etc. Otros organismos colectivos se formarán, durante la revolución, más en armonía con las necesidades del momento; y otros todavía, de origen burgués pero radicalmente modificados, podrán ser utilizados, de los cuales hoy no nos ocupamos: consorcios, antes autónomos, etc. Rusia misma nos ha dado, al menos en los primeros momentos de la revolución -cuando el pueblo gozaba todavía de su libertad de iniciativa- el ejemplo de la creación de estos nuevos institutos socialistas y libertarios en sus soviets y en sus consejos de fábrica.

Todas estas formas de organización libre del proletariado y de la revolución han sido siempre aceptadas por los anarquistas, aunque digan desatinos aquellos que describen a los anarquistas como contrarios a los organismos de masa y los acusan de evitar por “razones de principio” el tomar parte en acciones de masas organizadas. La verdad es todo lo contrario. Los anarquistas no ven ninguna incompatibilidad entre acción vasta y colectiva de las grandes masas y aquella más limitada de sus grupos libres: antes bien, buscan encuadrar a ésta última en aquella, para inspirarle en todo lo posible la propia dirección revolucionaria. Si los anarquistas muchas veces discuten y critican a las organizaciones proletarias guiadas por sus adversarios, no combaten con eso el hecho en sí de la organización, sino exclusivamente su dirección reformista, legalista, autoritaria y colaboracionista -cosa que, por otra parte, hacen también los comunistas autoritarios en todas partes donde no son ellos los dirigentes de la organización proletaria-.

Algunos escritores comunistas dictatoriales -retornando la vieja patraña socialdemócrata que los anarquistas sólo quieren destruir y no reconstruir, y que por eso son adversos a la organización de las masas- deducen que el hecho de interesarse los anarquistas por los soviets, en Rusia, está contradicción con sus ideas y que es un simple modo de explotarlos y también de desorganizarlos.

Si esto no es calumnia pura y simple, es sin embargo una prueba de la incapacidad de estos maníacos del autoritarismo para comprender cualquier cosa que no sea la prepotencia estatal. El régimen soviético, para los autoritarios del comunismo, no consiste en el hecho que los soviets libres y patrones de sí gestionen directamente la producción, los servicios públicos, etc., sino exclusivamente en el gobierno que, diciéndose soviético, en realidad se ha superpuesto a los soviets, les ha anulado toda libertad de acción, toda espontaneidad en su formación, reduciéndolos a mecánicos y pasivos engranajes, obedientes al gobierno dictatorial central. El cual, cuando cualquier soviet muestra veleidades de independencia, lo disuelve sin más y fabrica artificialmente otro de su grado.

A todo esto se le llama “dar una base más amplia al poder de las organizaciones proletarias”; y en consecuencia los anarquistas rusos, que lógica y justamente siempre se han opuesto a este verdadero estrangulamiento del primitivo movimiento soviético libremente surgido de la Revolución (esto es, que defienden a los soviets contra los dictadores como los han defendido contra la reacción burguesa) se convierten -milagros de la dialéctica marxista- justamente ellos, en enemigos de los soviets. Dada su mentalidad, los marxistas no saben entender que el así llamado “poder soviético” es la anulación de los soviets proletarios y populares, y que por eso los adversarios de aquél pueden ser -en el ámbito proletario y revolucionario, se entiende- los mejores amigos de éstos.

Los anarquistas no tienen entonces en efecto aquella aversión preconcebida, de principio, al “método de la acción de las masas metódica y organizada” -que se complacen en suponer por comodidad polémica y por espíritu sectario nuestros adversarios-, sino que solamente oponen al especial método autoritario y despótico de los comunistas de Estado, el método libertario, más susceptible precisamente de interesar y, poner en movimientos; las grandes masas, porque deja a éstas libertad de iniciativa y de acción y las interesa en la acción coordinada desde el primer momento, dándoles por principal y directo objetivo la expropiación.

Esta dirección libertaria podrá también no tener éxito en el desembocar directamente en la abolición del Estado -no porque sea imposible, sino por no ser suficiente el número de aquellos que la quieren, por ser demasiado numerosa todavía la grey humana que siente necesidad del pastor y del bastón-, pero también en tal caso habrá rendido un gran servicio a la revolución, logrando salvar en ella cuanta mayor libertad sea posible, influyendo en que el eventual gobierno sea el menos fuerte, el menos centralizado, el menos despótico que las circunstancias

permitan vale decir, exprimiendo de la revolución el máximo de utilidad para el proletariado, el máximo de bienestar y de libertad.

Hacia la abolición del capitalismo se va expropiando a los capitalistas en beneficio de todos, y no creando un capitalismo peor: el capitalismo de Estado. Hacia la abolición del Estado se va combatiéndolo mientras existe, socavándolo siempre más, quitándole tanto como es posible autoridad y prestigio, debilitándolo y despojándolo de cuantas funciones sociales el pueblo trabajador se ha hecho capaz de cumplir por sí mismo por medio de sus organizaciones revolucionarias o de clase -y no, como pretenden los comunistas autoritarios-, constituyendo sobre las ruinas del Estado burgués otro Estado todavía más fuerte, con mayores funciones y mayor poder.

Tomando esta última vía, son justamente los comunistas autoritarios quienes obstaculizan la organización y la acción de las grandes masas, que se meten por la vía diametralmente opuesta a aquella que conduce al comunismo y a la abolición del Estado. Ellos están en el absurdo, como estaría en el absurdo quien, queriendo encaminarse de Roma hacia Milán, tomase por el contrario el camino que conduce a Nápoles.

CAPÍTULO IV

ANARQUÍA Y COMUNISMO

Un mal hábito, contra el cual es necesario reaccionar, es aquél tomado desde hace algún tiempo por los comunistas autoritarios de oponer el comunismo a la anarquía, como si las dos ideas fuesen necesariamente contradictorias, el hábito de usar estos dos términos, **comunismo y anarquía**, como si fuesen antagónicos entre sí, y el uno tuviese un significado opuesto al otro.

En Italia, donde desde hace más de cuarenta años estas palabras se usan como un binomio inescindible del cual un término completa al otro, y juntos son la expresión más exacta del programa anárquico, esta tentativa de no tener en cuenta un precedente histórico de tal importancia y de invertir además el significado de las palabras, es ridículo y no puede sino servir para generar confusión en las ideas e infinitos malentendidos en la propaganda.

No está mal recordar que fue precisamente en un congreso de las Secciones Italianas de la Primera Internacional de los trabajadores, llevado a cabo clandestinamente en los contornos de Florencia en 1876, que, bajo una propuesta motivada por Errico Malatesta, éste afirmó ser el comunismo el arreglo económico que mejor podía hacer posible una sociedad sin gobierno; y la anarquía (esto es, la ausencia de todo gobierno), como organización libre y voluntaria de las relaciones sociales, ser el medio de mejor actuación del comunismo. La una es la garantía de un efectivo realizarse de la otra y viceversa. De aquí la formulación concreta, como ideal y como movimiento de lucha, del comunismo anárquico.

Recordábamos en otra parte¹⁰ que en 1877 el “Arbeiter Zeitung” de Berna elaboraba los estatutos de un “Partido Anárquico Comunista de lengua alemana”, y en 1880 el Congreso de la Federación Internacional del Jura en Chaux-de-Fonds aprobaba una memoria presentada por Carlos Cafiero sobre “Anarquía y Comunismo”, siempre en el mismo sentido. Los anarquistas entonces se llamaban en Italia más comúnmente socialistas; pero cuando querían precisar se llamaban, como se han llamado siempre desde aquel tiempo en adelante hasta ahora, **comunistas anárquicos**.

Más tarde Pietro Gori solía precisamente decir que de una sociedad, transformada por la revolución según nuestras ideas, el socialismo (comunismo) constituiría la base económica, mientras la anarquía sería el coronamiento político.

10 Ver L. Fabbri, Dictadura y Revolución, Pág. 140.

Estas ideas, como precisiones del programa anárquico, han adquirido, como suele decirse, derecho de ciudadanía en el lenguaje político desde el tiempo en que la Primera Internacional dio los últimos signos de actividad en Italia (1880-82). Tal definición o fórmula del anarquismo - **el Comunismo anárquico**- era aceptada en su lenguaje incluso por los otros escritores socialistas, los cuales cuando querían especificar su propio programa de reorganización social desde el punto de vista económico, hablaban no de comunismo sino de colectivismo, y se decían en efecto **colectivistas**.

Esto hasta el 1918, vale decir, hasta que los bolcheviques rusos, para diferenciarse de los socialdemócratas patriotas o reformistas, no decidieron mudar nombre, retornando aquél de “comunistas” que se enlazaba a la tradición histórica del célebre Manifiesto de Marx y Engels de 1847, y que antes de 1880 era usado en sentido autoritario y socialdemocrático exclusivamente por los socialistas alemanes. Poco a poco casi todos los socialistas adherentes a la III Internacional de Moscú han terminado por decirse comunistas, sin tener cuanta alguna del significado cambiado de la palabra, del uso mudado que se hace de la misma desde hace cuarenta años en el lenguaje popular y proletario y de las cambiadas situaciones en los partidos desde 1870 en adelante -cometiendo así un verdadero anacronismo-.

Pero esto se refiere a los comunistas autoritarios y no a nosotros; ni de parte nuestra habría razón alguna para discutir la cuestión si éstos se hubieran apurado, cambiando nombre, a explicar claramente cuál cambio de ideas corresponde al cambio de la palabra. Los socialistas transformados en comunistas han por cierto modificado bastante su programa, respecto de aquel que había sido fijado en el Congreso del Partido de los Trabajadores en Génova, por Italia, en 1892, y en Londres, para la Internacional Socialista, en el Congreso de 1896. Pero la modificación del programa vierte total y exclusivamente sobre métodos de lucha (adopción de la violencia, desvalorización del parlamentarismo, dictadura en vez de democracia, etc.); y no se refiere al ideal de reconstrucción social, único al cual las palabras comunismo y colectivismo pueden referirse.

Por lo que se refiere al programa de reorganización social, de arreglo económico de la sociedad futura, los socialistas-comunistas no lo han modificado en anda; no se han ocupado en absoluto. En realidad, bajo el nombre de comunismo está siempre el viejo programa colectivista autoritario que subsiste -con, en un trasfondo lejano, muy lejano-, la previsión de la desaparición del Estado que señala a las muchedumbres en las ocasiones solemnes, para distraer su atención de la realidad de una nueva dominación, que los dictadores comunistas querrían meterles sobre el cuello en un futuro más próximo.

Todo esto es fuente de equívocos y de confusión entre los trabajadores, los cuales se les dice una cosa con palabras que les hacen creer otra.

La palabra comunismo, desde los más antiguos tiempos, significa no un método de lucha, y todavía menos un modo especial de razonar, sino un sistema de completa y radical reorganización social sobre la base de la comunión de los bienes, del gozo en común de los frutos del trabajo común por parte de los componentes de una sociedad humana, sin que ninguno pueda apropiarse del capital social para su exclusivo interés con exclusión o daño de otros. Es un ideal de reorganización económica de la sociedad, común a varias escuelas del socialismo (comprendida la anarquía); ni fueron en absoluto los marxistas quienes lo formularon primero.

Marx y Engels escribieron, sí, un programa para el partido comunista alemán en 1847, trazándole las directivas teóricas y tácticas; pero el partido comunista existía ya antes de eso. Ellos aceptaron de otros la concepción del comunismo y no fueron en absoluto sus creadores.

La concepción comunista, en aquel magnífico laboratorio de ideas que fue la Primera Internacional, se fue precisando cada vez más; y adquirió aquel su particular significado, en confrontación con el colectivismo, que hacia 1880 fue aceptado de común acuerdo en el lenguaje político-social tanto de los anarquistas como de los socialistas: de Carl Marx o Carlo Cafiero, de Benedetto Malon a Gnocchi Viani. Desde entonces, por comunismo siempre se ha entendido un sistema de producción y distribución de la riqueza en la sociedad socialista, cuya dirección práctica era sintetizada en la fórmula: **de cada uno según sus fuerzas y capacidad, a cada uno según sus**

necesidades¹¹. El comunismo de los anarquistas, integrado sobre el terreno político de la negación del Estado, era y es entendido en este sentido, para significar con precisión un sistema práctico de actuación socialista después de la revolución, que corresponde tanto al significado etimológico cuanto a la tradición histórica.

Los neo-comunistas, en cambio, por “comunismo” entienden sola o prevalentemente el conjunto de algunos métodos de lucha y de los criterios teóricos adoptados por ellos en la discusión y en la propaganda. Algunos se refieren al método de la violencia o terrorismo estatal, que debería imponer por fuerza el régimen socialista; otros quieren significar con la palabra “comunismo” el complejo de teorías que van bajo el nombre de marxismo (lucha de clases, materialismo histórico, conquista del poder, dictadura proletaria, etc.); otros todavía un puro y simple método de razonamiento filosófico, como el método dialéctico. Algunos lo llaman, por eso -amontonando juntas palabras que no tienen entre ellas ningún nexo lógico- comunismo crítico, y otros comunismo científico.

Según nosotros, todos éstos están en un error; porque las ideas y los métodos de los cuales se habla arriba podrán ser condivididos y empleados también por los comunistas, y ser más o menos conciliables con el comunismo, pero por sí mismos no son el comunismo ni bastan para caracterizarlo, mientras podrían muy bien conciliarse con otros sistemas del todo diversos e inclusive contrarios al comunismo. Si quisiéramos divertirnos con juegos de palabras, podríamos afirmar que en las doctrinas de los comunistas dictatoriales hay de todo un poco, pero que lo que más falta es precisamente el comunismo.

Nosotros no contestamos en absoluto -que se entienda bien- el derecho de los comunistas autoritarios de llamarse como les parece y les place y de adoptar un nombre que ha sido sólo nuestro por casi medio siglo y que no tenemos intención alguna de renegar. Sería de parte nuestra una pretensión ridícula. Pero cuando los neo-comunistas discuten de anarquía y con los anarquistas, tienen la obligación moral de no fingir ignorar el pasado, tienen el elemental deber de no apropiarse del hombre hasta el punto de hacer de él un monopolio, hasta crear entre los dos términos -comunismo y anarquía- una incompatibilidad artificial cuanto falsa.

Cuando hacen esto demuestran estar faltos de todo criterio de honestidad polémica.

Todas saben cómo nuestro ideal, sintetizado en la palabra **anarquía**, tomado en su contenido programático de organización libertaria del socialismo, siempre se ha llamado comunismo anárquico. Casi toda la literatura anarquista es socialista en sentido comunista desde el fin de la Primera Internacional. El colectivismo legalista y estatal por un lado y el comunismo anárquico y revolucionario del otro, eran las dos escuelas en que se dividía principalmente el socialismo hasta el estallido de la Revolución Rusa en 1917. Cuantas polémicas, desde 1880 hasta 1916, no hemos sostenido con los socialistas marxistas, los actuales neo-comunistas, en apoyo del ideal comunista contra su colectivismo de cuartel alemán.

Ahora bien, su ideal de reorganización futura ha permanecido igual, y más bien ha acentuado su carácter autoritario. Entre el colectivismo que era entonces objeto de nuestras críticas y el comunismo dictatorial actual, la diferencia está sólo en los métodos y en alguna motivación teórica, no sobre el fin inmediato a alcanzar. Este se vuelve a enlazar, es verdad, con el comunismo de Estado de los socialistas alemanes de antes de 1880 -el Wolkstaat, estado popular-, del cual Bakunin hizo una crítica tan corrosiva; y también al socialismo de gobierno de Luis Blanc, refutado tan brillantemente por Proudhon. Pero se reenlaza sólo desde el punto de vista secundario político, del método revolucionario estatal, no desde el punto de vista económico suyo propio -organización de la producción y distribución de los productos-, sobre el cual Marx y Blanc tenían miras bastante más amplias y geniales que éstos sus tardísimos herederos.

El disentimiento, por el contrario, no está entre anarquía y comunismo más o menos “científico”, sino entre comunismo autoritario o estatal, empujado hasta el despotismo dictatorial, y **el comunismo anárquico o antiestatal** con su concepción libertaria de la revolución.

11 La fórmula de los colectivistas era en cambio “a cada uno el fruto de su trabajo”, o bien “a cada uno según su trabajo”. Inútil decir que estas fórmulas deben entenderse en un sentido aproximativo, como línea general, y no de modo absoluto y con carácter dogmático, como en cambio fueron empleadas en cierta época.

Que si de una contradicción en términos se debiera hablar, ésta habría que buscarla no entre el comunismo y la anarquía, que se integran al punto que el uno no es posible sin la otra, sino más bien entre comunismo y estado. En tanto hay estado o gobierno, no hay comunismo posible. Por lo menos su conciliación es tan difícil y tan subordinada al sacrificio de toda libertad y dignidad humana, como para suponerla imposible hoy que el espíritu de revuelta, de autonomía y de libre iniciativa está tan difundido entre las masas, hambrientas no sólo de pan, sino también de libertad.

CAPÍTULO V

LA REVOLUCIÓN RUSA Y LOS ANARQUISTAS

La flecha del Parto que nos lanzan los comunistas autoritarios cuando no tienen más argumentos que oponer a nuestras sólidas razones, es el pintamos como “enemigos de la Revolución Rusa”.

Puesto que nosotros combatimos la concepción dictatorial de la revolución -de acuerdo en eso con nuestros compañeros rusos-, esgrimiendo en apoyo de nuestras argumentaciones las consecuencias funestas de la dirección dictatorial de la Rusia revolucionaria y exponiendo a la luz los graves errores de aquel gobierno, sólo por esto se dice **que nosotros combatimos la Revolución Rusa**.

No se trata aquí solamente de una injusta acusación: es conjuntamente una mentira y una calumnia. Si la causa de la Revolución es la causa de la libertad y de la justicia, no abstractas sino prácticas, vale decir si es la causa del proletariado, de la liberación de éste de toda la servidumbre política y económica, de toda explotación y opresión estatal o privada, si la Revolución es la causa de la igualdad social, nosotros podremos con derecho sostener que los únicos que hoy permanecen fieles a la Revolución Rusa, a la revolución hecha por todo el pueblo trabajador ruso, son los anarquistas.

Nosotros comprendemos que en tiempo de revolución, por un período no breve, muchas deben ser las espinas para todos -y más que nada para los revolucionarios- y poquísimas las rosas. No nos hacemos ilusiones al respecto. Pero la revolución cesa de ser tal si, aunque sea mínimamente, no es, y no señala, un mejoramiento para las grandes masas, si no asegura a los proletarios un bienestar mayor, o al menos si no es evidente a los ojos de éstos que, cesadas ciertas dificultades pasajeras, el bienestar llegará. Cesa de ser revolución si no significa en la práctica una ampliación de la libertad de pensamiento y acción -en todas las manifestaciones no perjudiciales para la libertad de los demás-, para todos aquellos que eran oprimidos por el viejo régimen.

Estos son los conceptos y sentimientos que nos guían en nuestra propaganda y en nuestra polémica. Propaganda y polémica que no están en absoluto animadas de espíritu sectario, y tanto menos de pujas o de intereses personales; y que no proseguimos en lo más mínimo por un puro ejercicio crítico y doctrinario. Nosotros sabemos que ejecutamos un doble deber, en cambio, de importancia política inmediata.

El estudio de la revolución rusa, la luz arrojada sobre los errores de aquellos que la gobiernan, la crítica al sistema bolchevique que allí ha triunfado, de un lado es para nosotros un deber de solidaridad política con nuestros compañeros rusos, que por tener nuestras ideas, por sostener nuestro punto de vista -que nosotros creemos más correlacionados con los intereses de la revolución del proletariado- en Rusia son privados por aquél gobierno de toda libertad, perseguidos, puestos en prisión, exiliados y algunos mandados a la muerte. Por otro lado es un deber sacar a la luz el error bolchevique porque, si una crisis similar se determinara en los países occidentales, que el proletariado se guarde bien de meterse por una vía, de someterse a una dirección que nosotros sabemos ahora por experiencia directa que significa el naufragio de la revolución.

Si pensamos así, si estamos profundamente persuadidos de esto -lo cual nuestros adversarios no pueden poner en duda, porque no hay otros, intereses o pasiones, que puedan desviar de tal propósito nuestro espíritu- tenemos el

deber, como anarquistas y como revolucionarios, de no callar. ¿Pero significa todo esto que nosotros estamos en contra de la Revolución Rusa?

La Revolución Rusa es el hecho histórico más grandioso de nuestros tiempos. Apurada y facilitada por una enorme causa, la guerra mundial, ha superado a ésta en grandeza e importancia. Si ella hubiera logrado, si lograra -como nosotros a pesar de todo queremos siempre augurarnos- romper las cadenas del salariado que ciñen a la clase obrera, si a las conquistas de las revoluciones precedentes agregara aquella de la igualdad económica y social, de la libertad para todos no sólo de derecho sino de hecho, vale decir con la posibilidad material para todos de disfrutarla, la Revolución rusa superará en importancia histórica a la misma revolución francesa de 1789-1793.

Si la guerra mundial no ha logrado desarraigar netamente toda esperanza de resurrección para los oprimidos del mundo, si a causa de ella los hombres no serán empujados por siglos, sino sólo hasta un cierto límite, retrocediendo hacia la animalidad ancestral, esto se deberá incontestablemente a la Revolución rusa. Es la revolución rusa la que ha elevado los valores morales e ideales de la humanidad, que ha empujado todas nuestras esperanzas y conjuntamente el espíritu colectivo de todos los pueblos hacia una humanidad más alta.

Mientras en aquella triste alba de 1917 todo el mundo parecía precipitarse en el horror, en la muerte, en la mentira, en el odio, en la oscuridad más negra, he aquí que la Revolución rusa nos ha inundado de pronto, en el mundo entero, a cuantos sufríamos por la tragedia interminable, de una luz deslumbrante de verdad y de fraternidad, y el calor de la vida y del amor ha vuelto a circular por las venas exhaustas, por el corazón ya árido de la internacional trabajadora. En tanto permanezca la memoria del hecho, todos los pueblos de la tierra estarán reconocidos al pueblo ruso por un esfuerzo que no sólo en Rusia y Europa, sino a los más lejanos ángulos del mundo habitado por hombres ha vuelto a levantar las esperanzas de los oprimidos.

No nos disimulamos en absoluto cuánta fatiga, heroísmo, sacrificio y martirio haya costado el esfuerzo del pueblo ruso.

Nosotros los anarquistas no hemos seguido los pasos de la revolución con restricciones mentales, con espíritu sectario. No hemos dicho nunca, ni en público ni en nuestra intimidad: hasta aquí, pero no más allá. En tanto la revolución ha sido adelante, no nos hemos preocupado de cuál fuera el partido que obtuviera más renombre. Por entonces, nadie hablaba de los anarquistas rusos, o casi. Nosotros sabíamos que estos -y luego las noticias confirmaron con los hechos nuestra persuasión- debían estar en primera línea en la batalla, factores ignorados pero importantes de la revolución. Y esto nos bastaba.

No tenemos intereses de partidos, ni los sacrificios de los nuestros tienen necesidad de ser explotados para ganar de los privilegios del mañana; y por eso aquel silencio sobre la obra de nuestros compañeros no turbaba nuestra alegría. Y cuando los bolcheviques de marzo a noviembre, antes de llegar al poder (y también por algunos meses después, hasta que la amarga experiencia no confirmó las previsiones que nos había sugerido la doctrina) aparecieron como los más enérgicos enemigos de los viejos opresores, de la política de guerra, de toda transacción con la burguesía; y combatían el radicalismo democrático arraigado al capitalismo y con éste a los socialpatriotas, los reformistas, los socialistas revolucionarios de derecha, los mencheviques; y cooperaban después de un poco de duda en tirar al aire el equívoco de la Constituyente, los anarquistas, sin estúpidas ni envidiosas rivalidades, estaban a su lado.

Estaban a su lado idealmente, espiritualmente, fuera de Rusia, y más prácticamente sobre el terreno de la propaganda y de la política contra la calumnia y la difamación burguesas. Más prácticamente todavía lo estuvieron (y eso incluso cuando se anunciaba la oposición sobre el terreno polémico) contra los gobiernos burgueses, cuando se trató de impedir sobre el terreno de la acción directa en los límites de lo posible el bloqueo infame contra Rusia y los aprovisionamientos de guerra de sus enemigos. Cada vez que el interés de la revolución y del pueblo ruso aparecían en juego, los anarquistas no se echaron atrás, incluso si entendían que ello podía dar ventajas indirectamente a los adversarios.

La misma cosa, sobre más vastas proporciones, con mayor gasto de energías y con más los sacrificios de lucha armada y cruenta, sucedió en Rusia, donde nuestros compañeros se han batido por la revolución contra el zarismo antes de 1917 con la oposición tenaz a la guerra, y después con las armas en la mano en marzo; luego contra la democracia burguesa y social-reformista en julio y en octubre; batiéndose en fin en todos los campos, dejando sus muertos, contra Judenicht, contra Denichine, contra Wrangel, contra los alemanes en Riga, contra los ingleses en Arcángel, contra los franceses en Odessa, contra los japoneses en Siberia. Muchos de ellos (y no es el caso de ver aquí si y hasta qué punto se han equivocado) han colaborado con los bolcheviques en la organización interna, civil y militar, en aquellos que a ellos les parecía menos en contraste con la propia conciencia y en ventaja de la revolución. Y si hoy los anarquistas rusos están en la oposición en Rusia y combaten la política y el gobierno bolchevique, no hacen sino proseguir -minoría heroica- la lucha por la revolución comenzada en marzo de 1917.

El actual gobierno ruso no sólo no es la Revolución rusa, sino que se ha convertido en su negación. Esto era, por otra parte, inevitable por el hecho de ser éste un gobierno. Combatir, en el terreno polémico y con argumentos revolucionarios, que no tienen nada que hacer con los argumentos de los enemigos de la revolución, el gobierno ruso, no sólo no significa ser adversos a la revolución, sino defenderla, ponerla en mayor luz, liberarla de las manchas que el grueso del público ve en ella -manchas que no son suyas sino del partido de gobierno, de su nueva casta dominante que parasitariamente se va formando sobre su tronco en daño de la gran mayoría del proletariado-.

Todo esto no nos impide en absoluto comprender la grandiosidad de la revolución rusa, darnos cuenta de la renovación que ha provenido de ella para una buena mitad de nuestra Europa. Sólo nos oponemos a la pretensión de un solo partido de monopolizar el mérito y los frutos de un hecho tan enorme, que sucedió por cierto con su participación, pero en proporciones razonablemente atribuibles al número y a la organización suya. La revolución rusa no es de un partido, sino de todo un pueblo; y éste el actor verdadero y principal de la verdadera Revolución rusa. La grandeza de la cual no consiste en los ordenamientos de gobierno, en las leyes y en los hechos militares, sino en el cambio profundo que se efectuó en la vida material y moral de la población.

Este cambio es innegable. El zarismo ha muerto en Rusia, y con él ha muerto toda una serie de monstruosidades sin fin. La vieja clase dominante, noble y burguesa, está destruida, y con ella han sido destruidas desde sus fundamentos muchas cosas, y sobre todo muchos prejuicios que se creían imposibles de derribar. Si Rusia tendrá la desgracia, como parece, de ver formarse en ella una nueva clase dirigente, el abatimiento de las antiguas así erradicadas hace esperar que el dominio de la nueva podrá ser abatido a su vez sin dificultad. La idea inicialmente libertaria de los “Soviets”, bien que estropeada por los bolcheviques y vuelta una rueda burocrática de la dictadura, no en vano conquistó el alma rusa; en ella está en germen la nueva revolución, que será la única que podrá actuar el verdadero comunismo, el comunismo con la libertad.

La renovación moral de Rusia, debida a la revolución, ningún gobierno podrá apropiársela ni destruirla; y es mérito exclusivo de la revolución popular, no de un partido político. “Y, sin embargo, a pesar de todo (me escribía un compañero vuelto en Rusia hace tiempo, después de las críticas al desgobierno bolchevique), la presión que hace el conjunto de la vida del pueblo ruso es tan grande que todo aquí, en Europa capitalista, parece un parangón mezquino y estúpido, “pequeño burgués”. Nada de vulgar allí; no se escuchan nunca estas canciones vulgares cantadas por gente borracha; la atmósfera tan repugnante de los domingos y de los lugares donde también el pueblo se divierte en los países occidentales, allí no existe. El pueblo vive realmente, entre sacrificios y padecimientos indecibles, una vida mortal más intensa y mejor”.

La Revolución rusa continúa viva, en realidad, en el seno del pueblo ruso. Es la revolución que nosotros amamos, a la cual celebramos con entusiasmo, con corazón pleno de esperanza. Pero la revolución y el pueblo ruso, lo repetimos sin cansarnos, no son el gobierno que los representa en el exterior, ante la gente superficial. Un amigo, vuelto en 1920 entusiasta de Rusia, ante mis advertencias de que los soviets fueran allí una especie de subordinación humillante, y su misma elección fuese manipulada “fascistamente” por los agentes del gobierno, imprudentemente me respondió. “Pero si la mayoría de los proletarios pudiese elegir en serio los soviets que preferiría, ¡el gobierno bolchevique no permanecería en el gobierno ni una semana más!”.

Si ésta es la verdad, cuando nosotros criticamos -no las personas, no los singulares, de los cuales muchas veces hemos más bien tomado la defensa contra sus calumniadores de la prensa vendida al capitalismo, cuando nosotros, guiados por la preocupación constante de no caer con esta crítica en errores y exageraciones, atacamos al partido dominante en Rusia y a sus partidarios deseoso de imitarlo en Italia -porque vemos que sus métodos son nefastos para la revolución, y que se traducen en una verdadera contrarrevolución-, ¿cómo se puede decir que “nos metemos contra la Revolución rusa”?

El proletariado, que nos conoce y nos escucha, sabe que se trata de una afirmación mala y ridícula, como son malos y ridículos los escritorzuelos de la burguesía, cuando quieren hacer pasar por ofensas y acusaciones a todo el pueblo italiano las críticas justamente ásperas -con las cuales concordamos también nosotros-, que los revolucionarios extranjeros dirigen al gobierno y a la clase dominante de Italia.